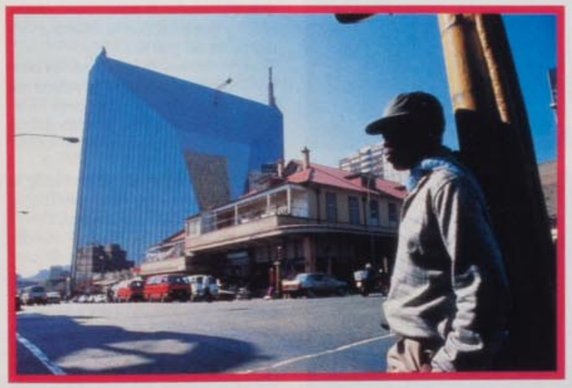
VIAJES aventura

PARQUES NATURALES DE AFRICA'90-91

CINCO MIL KILOMETROS

POR EL AFRICA BLANCA



"USTED CON ZAPATILLAS NO ENTRA AQUÍ", ARGUMENTÓ UN XHOSA DE DOS METROS DE ALTURA A LA ENTRADA DEL CLUB MANDINGO EN SOWETO. ESTE PEQUEÑO INCIDENTE FUE EL MAYOR PROBLEMA QUE NOS SURGIÓ DURANTE LAS VISITAS QUE REALIZAMOS A TAN POLÉMICO BARRIO SUDAFRICANO.

ENTRE LOS CUATRO MILLONES DE NEGROS QUE LO HABITAN -OBLIGADOS POR EL GOBIERNO SUDAFRICANO-, ENCONTRARTE CON UN BLANCO ES ALGO ANECDÓTICO, AUNQUE ELLOS DIFERENCIAN MUY BIEN ENTRE EL BLANCO AFRICANO Y EL BLANCO EUROPEO.

Texto: Topo Pañeda/Pedro Mordt
Fotos: Juan Echeverria

Fueron unas visitas casi obligadas que realizamos durante el largo y tedioso mes que pasamos en la capital económica de Sudáfrica, Johanesburg, antes de partir para nuestra expedición "Parques Naturales de Africa".

Montamos nuestro campamento base en el albergue juvenil de la ciudad. Realmente éramos la atracción de este albergue por nuestras sabrosas paellas y las lecciones que impartíamos sobre cómo beber del botijo y de la bota al mismo tiempo. A la vez alucinaban a medida que nuestro cuarto se iba llenando de equipaje. Las dos motos Honda NX 250 c.c. que compramos en Ceuta, ya que nadie en España nos apoyó en la cesión de las motos, a pesar de nuestra amplia experiencia en viajes por diversos continentes, más los 500 kilos que nos trajimos en material fotográfico, equipo de submarinismo, estudio de fotografía portátil y artículos de aseo varios, y finalmente el todoterreno que para este viaje nos era imprescindible.

Nuestro objetivo era el de realizar un periplo por toda Africa, recorriendo de sur a norte todos los parques naturales de este continente, así como convivir con diferentes tribus primitivas que todavía es posible encontrar. Esta nos iba a suponer una aventura de una duración aproximada de dos años y más de 50.000 km..

Mientras preparábamos los vehículos, hicimos cortas salidas a los lugares más pintorescos de la provincia de Transvaal, siempre acompañados por un frío de mil demonios. Especial interés tuvo la visita a la reserva particular del renombrado naturista Clive Walker, empeñado en la dura tarea de salvar a los pocos rinocerontes negros de Africa.

CINCO MIL KILOMETROS

POR EL AFRICA BLANCA

En Lapalala, al norte de Johanesburg, aprendimos a reconocer a los animales por sus huellas y por sus excrementos. "Ves, aquella que tiene pelos -nos indicaba Daves, un Ranger de la reserva- pues es de leopardo y los pelos son de su última presa".

El contraste a esta reserva privada lo encontramos en el parque nacional de Kruger. Este parque gubernamental es visitado masivamente por los Africaners, descendientes de los primeros holandeses que hace más de tres siglos desembarcaron en Ciudad del Cabo. Gente super tradicional, considera el Kruger su último refugio. Grandes campamentos como Skukuza Olifants, reciben con flores a los cientos de visitantes ávidos de ver animales.

Realmente en este parque se puede contemplar la mayor diversidad de animales de toda Africa, siempre a lo largo de sus carreteras perfectamente asfaltadas y señalizadas. Circular a más de 50 km/h. por ellas está prohibido y aunque parezca que nadie te está vigilando, una suculenta receta que un Ranger nos puso, confirmó todo lo contrario. Lamentablemente no se puede circular en moto por este recinto, por lo que las tuvimos que dejar a la entrada del parque y subirnos a la caja trasera del Willi's 4x4.

De vuelta en Johanesburg, Davis, el hermano del copiloto de Kinigardner en la última Baja Aragón, nos solventó el gran problema de nuestras motos. La NX 250 monta de serie llantas de 19 y de 16, a todas luces demasiado pequeñas para circular por pistas, y lo que es peor la imposibilidad de montar neumático de tacos por no encontrar estas medidas en el mercado. Con gran rapidez trajeron los radios desde Inglaterra y las llantas de 21 y 17 de la XR 250 desde Japón. Una vez efectuado el cambio de llantas pudimos montar los neumáticos Pirelli Gara Enduro que traíamos desde España. Ahora disponíamos de unas motos muy ligeras y manejables, 115 kilos, que al ir desprovistas de equipaje pasaban por cualquier terreno.

Partimos hacia Namibia y a través de aburridas carreteras avanzamos hacia el Este, en dirección al Parque Natural de Augrabies. En el camino te encuentras con un gran agujero. Afortunadamente está vallado, como casi toda Sudáfrica y Namibia. Dicho agujero es uno de los más ricos del mundo, ya que está lleno de roca Kimberlite, la roca de donde se consiguen los diamantes. Cómo no, el agujero está rodeado de un pueblo que se llama Kimberley y hace siglo y medio muchos buscadores de diamantes encontraron la fama y el dinero aquí.

En Augrabies el rio Orange forma a su paso por unas formaciones rocosas, una cascada de gran belleza. Este parque no es abundante en fauna, pero si en flora y en paisajes ecológicos. Ya a las puertas del desierto del Kalahari nos encontramos con una auténtica tribu sudafricana, los Bosquimanos, ya que las otras tribus negras son de origen Bantú y proceden del norte.

Desde aquí, las pistas de tierra y polvo ya no nos abandonarían durante un par de semanas y el fuerte viento de costado nos dificultaba la llegada al Parque Nacional Gembsbock, ya en pleno desierto del Kalahari. Este desierto es muy diferente al conocido Sáhara. Árido y caluroso y sin formaciones arenosas, goza sin embargo de una rica vida animal y vegetal, sobre todo en el mes en que las escasas precipitaciones proporcionan el suficiente agua para que haya vida.

En el parque numerosos molinos de viento ayudan a que a los animales nunca les falte agua, por lo que encontrar a éstos no es muy difícil, siempre encontrarás a manadas de cientos de antílopes Springbocks, Gembsbock, al lado de éstos. Resulta graciosa la presencia de los pequeños roedores Piribiris, que sosteniéndose sobre las patas traseras otean el horizonte nerviosamente, tomando un desplante casi humano.

Los Rangers siempre te están vigilando, y hasta impidiendo hacer fuego con leña del propio parque. Cansados de tanto formalismo e impedimentos, partimos inmediatamente en busca de la última frontera, Namibia.

Cuando llegamos al puesto fronterizo nos dimos cuenta de que una de las motos tenía la rueda delantera pinchada. La amable policía sudafricana nos ayudó a repararla y durante el tiempo que tardamos en hacerlo, nos comentaron la razón de la no existencia de un puesto fronterizo namibio. Ya que es un país independiente desde el 21 de marzo de 1990, y todavía no les había dado tiempo a montar un garito en un lugar tan remoto, llamado Rietfontein.

La anécdota del día, pero que no llegamos a practicar, es la forma en que los aguerridos granjeros del lugar cazan a los Gembsbock. Utilizando motos trail de 500 c.c., se lanzan en pos de su presa, y cuando están suficientemente cerca, se lanza el paquete a los cuernos del animal derribándole.

Por las todavía más desoladas pistas namibias, rumbo Este se llega hasta el puerto de Luderlitz, lugar histórico ya que aquí desembarcaron por primera vez los alemanes, allá por el año 1884 con el fin de colonizar estas tierras desérticas. Hoy en día Luderlitz en un próspero puerto pesquero, donde atracan barcos gallegos en busca de la tan apreciada merluza. La tripulación del Noguerosa, nos invitó a compartir su cena en el barco, atónitos nos quedamos al asistir a una acalorada discusión sobre quién se comía las chulas (bollitos). Nosotros desde luego, no fuimos. Hay que comprender que estos compatriotas pasan alrededor de 45 días en la mar y el sol, y tres en el puerto, bueno en los tres bares del puerto.

Otro motivo de interés en los alrededores, es el poblado fantasma de Kotmanshop. Aquí los alemanes tuvieron la fortuna, en 1905, de encontrar un yacimiento de diamantes entre las dunas.

Recorriendo, en dirección Norte, el frío y deshabitado desierto namibio, se accede a un lugar paradisíaco, donde están las dunas más altas del mundo. Sossusvlei, recientemente ha sido convertido en reserva natural, debido a la belleza de su paisaje y a la presencia de animales. La excursión a pie, a lo alto de las dunas, desde donde se contemplan dos pequeños lagos secos y unos árboles únicos encerrados entre las dunas, hacen realmente válida la fatiga que supone esta caminata.

Sossusvlei se encuentra dentro del Parque Natural de Naukluft, donde dejan circular motos por sus pistas principales, por lo que nos es difícil perseguir a grupos de avestruces entre piedras y arena. Sólo hay que tener cuidado de no darse una torta entre tanta excitación.

Saliendo del parque, camino de Windhoek (capital de Namibia), hay que remontar el curso del rio Nau, entre colinas redondeadas por el paso de los años. Geológicamente, estas formaciones son de las más antiguas del planeta y componen sin duda el paraíso de los geólogos o naturalistas. Sin excesiva dificultad se asciende hasta los 1.800 metros, donde, en un amplio valle aparece la bien ordenada y trazada ciudad de Windhoek. Donde sólo nos detuvimos un par de días a comprar provisiones y recoger a Lourdes y Esther, dos amigas de Madrid que decidieron pasar sus vacaciones entre piedras, arena y animales salvajes, en vez de disfrutar del verano español.

ANIMALES EN LIBERTAD

Por una ruta paralela descendimos hasta Walvisbay, pequeño enclave Sudafricano. El interés de esta zona reside en el santuario de pájaros y flamencos que habitan la bahía de Sandwichharbour, 40 km. más al sur y de nuevo en territorio namibio. A pesar de estar continuamente pasando fronteras no hay ningún problema y los amables aduaneros ni tan siquiera te piden el pasaporte.

Acompañados de un experto biólogo, Alan, disfrutamos de una dura jornada a través de las dunas, cruzando cauces de ríos secos, para acabar atrapados en el agua salada del mar. Perico perdió la apuesta a la primera caída, al intentar perseguir un par de avestruces por las dunas y encontrándose detrás de una de ellas el vacío. Topo se reía, pero horas después, se dio un buen remojón en el barro salado de la ensenada.

Alucinamos contemplando la puesta del sol eclipsada por los miles de flamencos que volaban a nuestro alrededor. Arduo trabajo nos costó lavar y quitar el salitre de nuestros vehículos.

Debido a que también en este país, al igual que en Sudáfrica, todo tiene que estar programado y reservado, tuvimos que poner pies en polvorosa para llegar a tiempo al Parque Natural de Waterberg, Que está situado a 500 km. de Walvisbay dirección norte. Es una meseta enorme donde en la cima se encuentran numerosas especies animales. Los animales más característicos son el rinoceronte blanco y el leopardo. Aquí se organizan excursiones a pie de varios días, acompañados de un Ranger. Las ruinas de las primeras misiones, así como un cementerio alemán, atestiguan la colonización alemana, así como las duras batallas contra la tribu de los Hereros, en 1905.

A 200 km más al norte, está localizada la mayor atracción turística de Namibia, y uno de los lugares más privilegiados de Africa para contemplar la vida animal, Etosha.

Un enorme lago seco, el famoso Etosha Pan, rodea este parque nacional. En invierno las precipitaciones son mínimas y los animales se concentran en las charcas de agua. La labor de localizar a los animales, es por lo tanto bastante simple, sólo hace falta dirigirse a uno de estos lugares para observar la vida animal. Encontrarse con los elefantes es bastante normal y asistir al despatarramiento de las jirafas para beber es único. También tuvimos oportunidad de ver a los leones en la charca de agua del campamento Okakueyo. Este lugar es único en el mundo. Distante escasos metros de los lodge o cabañas habilitadas para los turistas, esta charca dispone de iluminación nocturna. Por la noche crece la expectación y numerosos turistas esperan cómodamente sentados, a que algo ocurra en la charca. Y ocurren muchas cosas. Cuando nosotros vimos a los leones, eran las dos de la madrugada y parecía que estábamos solos ante el peligro, ya que una débil pared de piedras nos distanciaba de ellos. Quizás cegados por los potentes focos o quizás con el estómago bien lleno, pasaron de nosotros.

Dejando Etosha nos adentramos en territorio Damara. Pistas con mucha "tôle ondulé" y piedra suelta, nos llevaron a lugares de infinito valor histórico. El bosque petrificado, donde el guía se volvió loco al tocar la blanca pantorrilla de Esther, queriéndosela quedar a cambio de cinco cabras y su mujer,... pero cuando vimos su mujer, decidimos continuar nuevamente la marcha. Tan rápida fue la huida, que nos separamos y nos perdimos de nuestros compañeros. Los de las motos pasamos la noche a las faldas de la montaña, que esconde unos grabados rupestres de hace más de 2.000 años. Gracias a la amable hospitalidad de los muchachos encargados de cuidar los ganados, cenamos esa noche pasta de maíz y dos pedazos de carne de cabra que degustamos con las manos, a la típica usanza africana.

Al día siguiente nos reencontramos donde presumíamos estaban nuestros compañeros, 200 kilómetros más al sur, debajo de la montaña más alta de Africa Austral, Brader, lugar sagrado para la tribu Damara. Esta encierra la pintura llamada White Lady, supuestamente atribuida a los Bosquimanos. Allí nos enteramos de un gran acontecimiento iba a tener lugar en el centro del país, la fiesta de los Hereros en Okahandja, y partimos para no perdérnosla, conduciendo por las pistas de noche, rompiendo así nuestra norma.

Instalados en las aguas termales de esta ciudad, ablandamos nuestras duras carnes en una piscina a 45 grados. La fiesta de los Hereros se celebra cada 26 de agosto, en conmemoración de sus líderes fallecidos en guerra contra los alemanes. Pelotones de Hereros vestidos militarmente, recorren las calles de la ciudad hasta su cementerio sagrado. Bastante descoordinados, pero con semblante serio y pecho erguido, parecen un ejército reclutado en último momento. Quizás lo más pintoresco del desfile sean las mujeres Hereros, que con sus trajes victorianos, y en perfecta formación se asemejan a un enorme ciempiés.

A 28 de agosto, y de nuevo en Windhoek, las chicas se nos van. Nosotros nos quedamos preparando la segunda etapa que nos llevará al sur de Angola y a las Cataratas Victoria. Después de 5.000 km., los vehículos se encuentran en perfecto estado, siendo el único problema el rápido desgaste del neumático trasero y también rápido desgaste de los dólares.

KAOKOLAND, EN BUSCA DE LOS HIMBAS

"Sígame a la comisaría, acaba de cometer un delito", me decía el joven policía blanco de Swakopmund (pueblo de la costa Namibia), al encontrarme en el "township" de la ciudad en compañía de un amigo negro, el cual no llevaba casco. Una vez allí, me llevé una buena reprimenda y encima una buena multa. Todo ésto me pasaba nada más llegar desde la capital de Namibia, Windhoek. Era el principio de una nueva y larga etapa, de nuevo en la costa, desde donde íbamos a preparar la nueva ruta hacia el Norte. La tribu Himba de Kaokoland y Angola eran nuestros próximos objetivos.

La bahía de Walbys-bay (perteneciente a Sudáfrica), está 30 km. al sur de Swakopmund y allí teníamos que regresar a recoger el equipo que dejamos anteriormente.

Fue justo cuando entre las altas dunas de este desierto, nos encontramos al famoso aventurero francés Eric Lon, empeñado en demostrar a los Rangers del parque nacional de Naukluft la utilidad de usar esquís para deslizarse por las dunas. Era su último día en el país así que aprovechamos la tarde divirtiéndonos, bajando y subiendo las frías dunas, él con sus ligeros esquís y nosotros con la pequeña y no tan ligera moto. Sin duda el que más disfrutó fui yo, sobre todo porque iba sentado, aunque Eric podía llegar a lugares donde la moto se quedaba clavada. Después de esta interesante experiencia, sin más demora, continuamos rumbo norte.

La costa de Namibia, fría y desolada, de increíbles contrastes, nos sirvió de camino por un par de cientos de

CINCO MIL KILOMETROS

POR EL AFRICA BLANCA

kilómetros. Hacia la mitad del trayecto, un olor muy fuerte y algo repugnante me hizo virar hasta la misma orilla. Una gran sorpresa es lo que me llevé al ver la enorme colonia de focas, unas 50.000, que habitan en el Cabo Kruis. A pesar de estar por encima del Trópico de Capricornio, la helada corriente de Bengela es la responsable de traer desde el Polo Sur a las colonias de éste regordete mamífero.

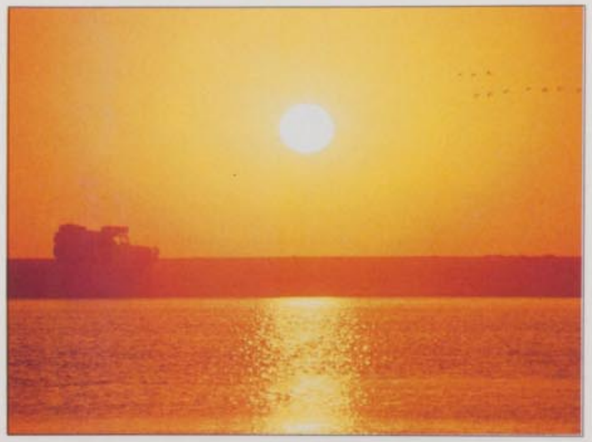
Pocos kilómetros más adelante la pista deja la costa para adentrarse en el territorio de la tribu Damara, aunque apenas quedan unos miles de lo que este pueblo fue. A principios de siglo los alemanes dieron buena cuenta de los guerreros Damaras, ahora bien, el paisaje sigue intacto.

Rodeando la montaña sagrada de Brandberg (la más alta de Namibia), se encuentran pistas de increible belleza y también dificultad, que parecen no conducir a lugar alguno. Adentrándonos en este macizo rocoso, se recorren kilómetros entre valles y planicies donde la vegetación cambia rápidamente. A veces surgían graves problemas para superar las rocas y los desniveles de la pista, mientras que en otras ocasiones la blanda arena obligaba a no perder la concentración. Sin duda fueron una de las jornadas que más disfrutamos. Al final retomamos la pista principal, pero bastante más al oeste de lo que teníamos previsto.

A las puertas del parque nacional "Skeeleton Coast" vive la antropóloga Margaret Jacobson; los últimos diez años los ha pasado entregada al estudio de la tribu Himba, pueblo nómada dedicado al pastoreo que debido a lo remoto del lugar ha permanecido aislado del "mundo blanco" hasta hace poco, por lo que conserva intactas todas sus costumbres.

Teníamos la intención de encontrar, con la ayuda de Margaret, un "clan Himba" para convivir con ellos durante algún tiempo. Esperamos dos días en la cabaña donde vive tan singular mujer. Al final no llegó y tuvimos que seguir ruta sin su valiosa orientación.

En el momento en que entramos en la región de Kaokoland, la Namibia que conocíamos se acaba de repente. Ya no hay más pistas en buen estado, ni gasolina, ni supermercados bien surtidos, ni gente "civilizada", sólo paisajes exóticos y los escasos himbas que reinan en esta perdida tierra del Noroeste de Namibia.



Una vez en el interior de la región, empezamos a ver la primeras señales de vida o, mejor dicho, de lo que unos meses antes pudo haber sido un asentamiento himba. Chozas de barro y palos abandonados indicaban la marcha en busca de agua y mejores pastos de estos nómadas desconocidos.

El clima estaba mejorando a medida que subíamos más al norte. Los días transcurrían secos, el sol calentaba agradablemente, siendo las noches claras y algo frescas. Alrededor del fuego, mientras Pepe se esmeraba preparando un buen guiso, "hacíamos competiciones estelares", consistentes en ver quién era capaz de reconocer más estrellas en aquel firmamento completamente saturado por miles de brillantes lucecitas. Era el mejor entretenimiento una vez que anochecía, lo cual ocurre en esta latitud invariablemente a las 6 de la tarde.

El primer lugar habitado que encontramos fue Opuwo, capital de la región, que no es más que varias casas prefabricadas mezcladas con las chozas tradicionales y unos cuantos edificios que atienden el área: la gasolinera, el supermercado, la oficina de correos y, cómo no, el cuartel de los militares.

El ambiente era algo decadente. Los himbas que hasta aquí llegan después de duras jornadas a pie, son presa fácil de las diferentes "bottle store" (bodegas) que, repartidas estratégicamente por el poblado, acaban minando la fuerza y cultura de tan pacífica gente. La problemática es aún mayor en las mujeres, que se dedican a beber cerveza o vino blanco como si de un nuevo maná se tratara, cuando en realidad lo que hacen es auto-destruirse. El alcohol es el primer regalo que les hace la civilización.

La pista hacia el río Kunene, que hace frontera con Angola, era el destino de los himbas, ya que al ser la época seca, muchos de ellos se desplazan hasta allí por su abundancia en agua.

Pero antes de salir, nos dimos cuenta de que sin un guía-intérprete, no nos enteraríamos de nada ya que el inglés ni lo conocen. Un chaval de 12 años, John, nos serviría de intermediario. Pidió permiso a su madre para acompañarnos durante una semana. La madre no puso ningún inconveniente, sólo pidió dinero para un par de botellas de vino. Después de dejar su burro con los amigos, salimos hacia las cataratas de Ruacana sin más demora.

En una pista recta de fuerte "tôle-ondulé" tuvimos un reventón de la rueda trasera del jeep; ¿la causa?: el exceso de equipaje o tal vez, la excesiva velocidad debida a la proximidad de los himbas. Tuvimos que hacer noche junto a la presa de Ruacana. En la orilla izquierda nosotros, en la otra Angola, lo desconocido, donde todavía la guerra civil continúa, como así lo comprobamos al escuchar y ver los cañonazos y ráfagas de ametralladora a la caída de la noche. El Jefe de policía namibio, nos aseguró que la zona estaba tranquila, sólo eran combates entre la guerrilla unita y los militares, pero también nos dijo que ya no cruzaban la frontera como hasta hacía poco tiempo.

La incorporación de John al grupo nos permitió relajarnos algo más, ya que él se ocupaba de prepararnos el primer fuego y calentar el tè diario.

EN TIERRAS HIMBAS

Desde Ruacana a través de colinas no muy altas, pero si de gran inclinación, la pista pedregosa se interna empeorando a medida que avanza, obligándonos a continuar lentamente ya que romper algo es muy fácil. Poco a poco van apareciendo diferentes grupos de himbas, tan sólo son pastores de cabras y vacas que buscan el escaso pasto en las orillas del río. Luego se ven las primeras mujeres totalmente integradas en este mundo; sus ropas de cuero, sus cinturones a base de trozos de metal y nada de ornamentos occidentales demuestran lo poco transitada de esta tierra.

Decidimos buscar un clan lo más numeroso posible para quedarnos con ellos unos días, si nos aceptaban. Nuestro pequeño, pero espabilado guía, preguntaba en su lengua herera, dónde podíamos encontrar este clan. ¡Más adelante!. ¡Más adelante!, nos respondían señalando una altas colinas al final de un valle en la dirección que llevábamos.

Ya a la tarde, en un lugar donde el río hacía un entrante, paranos al ver a niños himbas cruzando el ganado. También se encontraba Antonio, un comerciante angolano que intercambia productos básicos en esta región. Muy contento de poder hablar portugués con blancos, nos invitó a beber con él, dándonos buenos consejos para hacer amistad con los himbas. Aquí mismo era el lugar donde vive la tribu de la "princesa Kangongi" como así le llamamos.

El poblado no está junto al río, sino a unos 200 metros de la orilla. Apenas se ve desde el camino. Antonio nos introdujo en el clan. Primero nos presentó a los hombres y al jefe, luego fuimos conociendo a sus mujeres, a los jóvenes y por último a los niños. A pesar del poco contacto con extranjeros, tal vez uno por año, ellos no sienten miedo alguno. Sólo crean un distanciamiento, debido al gran orgullo y superioridad que sienten, por otra parte son hospitalarios y educados. Cuando al cabo de unas horas preguntamos si podíamos acampar cerca del río para pasar una temporada con ellos, no pusieron ninguna pega, diciendo que podíamos quedarnos cuanto quisiéramos y sin pedir nada a cambio. Nos pareció increíble.

Por fin íbamos a conocer a tan extraño, único y bello pueblo. Si nosotros alucinábamos con su forma de vestir o sus primitivas pero nobles actitudes, ellos se sentían sorprendidos por las "piki-piki", como ellos llamaban a nuestras rugientes motos, y por todo el montaje que desplegábamos para acampar. De naturaleza curiosa, se sentían atraídos por nosotros y de vez en cuando se reían sin motivo aparente. Sin duda lo que más les gustaba era todo lo referente a la cocina. Los cacharros, botes o recipientes eran muy apreciados por las mujeres que, sin ningún interés por el contenido, nos pedían que les diéramos los envases.

A pesar de lo bien surtido de su despensa, una vez roto el hielo que nos separaba, se atrevieron a pedirnos "inkate" (harina de trigo), sal y aceite, siempre con humildad y dándonos las gracias calurosamente. Los hombres y sobre todo el jefe "Mbalimua", enloquecían con el tabaco de pipa, que nos pedían continuamente ya que están bastante viciados. Tienen una forma muy especial de utilizar el tabaco: lo mezclan con cenizas y lo trituran muy fino hasta obtener un polvillo que guardan en una pequeña y larga funda de metal. Con una flecha, también metálica, sacan una puntita de polvo de la funda y se introducen el tabaco por la nariz, como una especie de "rape" bien picante.

Por las tardes, invariablemente a las cinco, las mujeres eran las primeras en volver al poblado o "kral"; se sentaban en círculo, alrededor de una gran piedra y con otra más pequeña en la mano se dedicaban a moler grano por grano el maíz, que es su alimento básico. Este trabajo les ocupaba más de una hora. Cada mujer molía el grano más fino que le pasaba la compañera. Aunque no comen juntos sino por familias, este cansado trabajo se hace en común, dividiendo al final la harina en partes iguales.

Los hombres, mientras tanto, sentados unos metros más allá se dedicaban a hablar entre ellos o con algún conocido de un kral cercano, sin dejar de inhalar tabaco. Vamos, que no hacían más que mirar a sus lindas mujeres, muchas de ellas cargaban al niño más pequeño a sus espaldas, moviéndolo al ritmo sincronizado hacia adelante y hacia atrás que pedía el moler el maíz.

Una vez que la noche caía, no volvían a salir de las cabañas. Nosotros, en la tranquilidad del lugar, tampoco nos acercábamos, sabíamos que había que respetar su intimidad.

A la mañana siguiente, bien temprano, teníamos a las chicas más jóvenes despertándonos con sus cánticos, mientras venían en busca de la preciada agua, que fácilmente transportaban sobre una especie de almohadilla de cuero colocada en la cabeza. Así no estropeaban el complicado peinado a base de trenzas mezclado con un polvo rojo y agua, que le daba una consistencia dura, muy eficaz contra los insectos e infecciones.

Los niños, algunos realmente pequeños, nos impresionaban con la facilidad con que dirigían el numeroso rebaño de cabras a la otra orilla del río. Son realmente buenos pastores, comenzando a los pocos años de edad. Cuando ya son jóvenes, en edad de hacer la guerra, pasan a cuidar el ganado vacuno que es lo que más valor tiene para la cultura himba. Según el número de vacas, así será su importancia y dependerá el número de mujeres que cada uno pueda

ESQUEMA DE LA EXPEDICION

INTEGRANTES

Topo Pañeda	28 años, coordinador y guía de la Expedición.
Juan Echeverria	31 años, fotografía.
Jose Luis Palacio	28 años, tesorero e intendencia.
Pedro Mordt	27 años, periodista e investigador.

TIPO DE VEHICULOS

1 Toyota Land-Cruiser	Pickup, 6 cilindros gasolina, comprado con 1.000.000 km.. Consumo medio 100 km/22 l.. Neumáticos Pirelli Dakar.
2 Honda NX 250 trail	250 c.c. 4T, 30 CV.. Sustitución de llantas de serie por otras de 21 y 17 Neumáticos Pirelli Gara Enduro. Consumo medio 100 km/3'5 l.

CINCO MIL KILOMETROS

POR EL AFRICA BLANCA

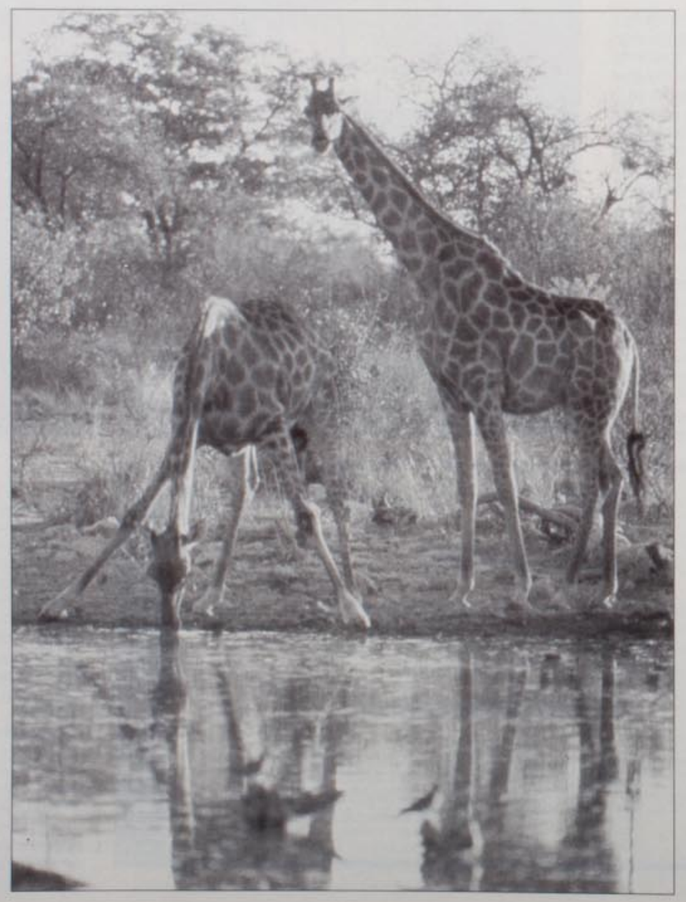
comprar. Cuando llevábamos algo más de un dia allí, ya estaban más acostumbrados a nuestra presencia. Las jóvenes son muy guapas además, a su manera, no paran de cuidarse y arreglarse, para lo cual utilizan el polvo que sacan de la piedra "hematites" que mezclan con grasa y se untan por todo el cuerpo. Son las verdaderas "mujeres de rojo". Luego, dependiendo de su estado civil, se colocan unas pulseras en las muñecas y tobillos que junto con la forma en que llevan el pelo (si hacia delante, o con trenzas hacia atrás), indica si son todavía niñas o jóvenes en la edad de casar, o bien si ya están casadas; en su cuerpo se puede leer quién es cada una.

Nos costó trabajo convencer a las muchachas de que hicieran de guías para nosotros, acompañándonos en las motos. Tenían mucho miedo y ninguna quería ser la primera, al final conseguimos que el Jefe se atraviera, incluso nos propuso cambiar la moto por una vaca, pero era muy poco. El quería hacer el cambio una por una. Fue así, después de que él montara, que pudimos llevarnos a dar una vuelta a Kangongi (la princesa sonriente) y su amiga. La verdad es que eran buenos paquetes y se acoplaban con su fino cuerpo a nuestras cinturas perfectamente. Lo malo fue quitar el polvo rojo que dejaron en el asiento y en nuestras ropas. Pero la experiencia de llevar a tan "salvaje hermosura" de paquete, valió la pena.

Para compensar la buena acogida que nos estaba dando todo el poblado, les preparamos, con la ayuda de Antonio y sus muchachos, una fiesta a su estilo. Nos comeríamos un gran cabrito entre todos.

Se eligió uno grande de piel marrón, junto al río fue degollado rápidamente y retirada la piel con precisión. Una buena brasa nos sirvió para ir asando los pedazos a medida que iban saliendo. Los guerreros himbas y nosotros cuatro nos sentamos en un lado juntos, las mujeres y los niños algo más alejados esperaban su turno con impaciencia, pero así es la costumbre por estas tierras. Cuando ya estábamos hartos de tanta carne "bualinu", el Jefe autorizó que les fuera llevada carne a las mujeres, pero claro, los mejores pedazos no les llegaron, aunque a los himbas lo que más les gusta eran las vísceras y las partes más grasientas. Fue realmente un homenaje tradicional que ellos supieron apreciar, porque los himbas, aunque son ricos en ganado, nunca matan un animal a no ser que tengan una fiesta muy importante, nacimientos, uniones, pero incluso en el rito más sagrado para su cultura, la muerte de un jefe anciano, en el que se puede llegar a matar hasta 10 bueyes, no se come esta carne sino que se considera a los bueyes parte del difunto, enterrándolos junto a él.

A medida que pasaban los días nos integrábamos más en sus vidas y nos contaban más cosas sobre su pueblo, que hace 300 años bajó desde las colinas de Angola, hacia estas tierras más apartadas debido a la presión de los portugueses. En el trayecto perdieron casi todo su ganado, que en aquellos días se contaba por miles de cabezas.



Tuvieron que vivir durante largos años como súbditos de la tribu de los Hereros más numerosos y desarrollados, finalmente tuvieron un gran jefe que los reunificó y los condujo todavía más adentro de la región de Kaokoland donde nadie vivía, poco a poco el ganado fue creciendo y así pudieron comerciar de nuevo.

Ahora con las sequías de los primeros años de las década de los 80, estaban de nuevo pasando un mal momento, que junto con la llegada del hombre blanco, mejores comunicaciones, harán que tan noble tribu casi acabe desapareciendo, como así ha ocurrido con las otras tribus vecinas. Son el último vestigio humano casi prehistórico de todo el Africa Austral.

A nosotros también se nos está acabando el tiempo y sobre todo las provisiones. La tienda más cercana estaba a 200 km. hacia el sur.

Una mañana sin grandes ceremonias fuimos recogiendo todo el campamento, no teníamos ningunas ganas de seguir, pero el viaje casi estaba empezando, preguntamos dónde les podríamos localizar en el futuro sin darnos fechas exactas de su próximo asentamiento, ya que todo dependía de las próximas lluvias. Nos dijeron que les buscáramos en el margen del río, algo más al interior, que volviéramos cuando quisiéramos que seríamos recibidos como amigos de toda la vida.

La despedida fue alegre, todos estábamos contentos de habernos conocido, ellos continuaron con sus tareas diarias inmutables. Nosotros, despacio, retomamos el camino sintiéndonos un poco más africanos en el corazón.

En un par de jornadas abandonamos Kaokoland, para entrar momentáneamente en Ovamboland, la región norte de Namibia y la tribu que gobierna desde la reciente independencia de tan hermoso país.

Pero nuestro destino era otro bien diferente, a pocos kilómetros se encontraba la frontera de Angola, a pesar de los incesantes disparos que se escuchaban por la noche, habiendo sido tan difícil conseguir el visado, no íbamos a dejar pasar tan arriesgada oportunidad, 15 años de continua guerra habían impedido la entrada de cualquier turista.

Por una perdida pista sin señalizar, llegamos al puesto fronterizo de Calueque, ya no podíamos retroceder... pero esto ya es otra historia.

Hasta pronto. ❑